

INTRODUCCION AL NUMERO 9

Rafael Grasa

El presente número de *Ecología Política* aparece semanas después del tercer aniversario de Río 92, de lo que un politólogo brasileño, Roberto Guimaraes, describió como el discreto encanto de la Cumbre de la Tierra. En aquel momento, las valoraciones de lo acaecido en Río se movieron entre quienes hablaron de rotundo fracaso (basta con cotejar, dicen, los objetivos de la conferencia establecidos por la Resolución 44/228 de la Asamblea General de las NN.UU. con los resultados obtenidos) y quienes sostuvieron que podía hablarse de éxito relativo, habida cuenta del potencial que suponía el significado político de la conferencia (el número de países que enviaron delegaciones, la altísima presencia de ONGs y de jefes de Estado...). En la actualidad, el seguimiento de buena parte de los acuerdos y resultados de Río, la evolución de la contradicción Norte-Sur, la creciente importancia de los conflictos de distribución ecológica, parecen compatecerse bien con las evaluaciones pesimistas. Por decirlo con la ya antigua y contundente afirmación de John Ruskin, también para Río parece valer que *«lo que parece ser riqueza puede en realidad ser sólo el dorado indicio de la ruina en un futuro lejano»*.

Dicho de otro modo, los intentos de sustituir el discurso de los «límites del crecimiento» por el «crecimiento de los límites» que caracterizaron el enfoque dominante en buena parte de los círculos que tuvieron a su cargo la preparación de Río (véase artículo de Arturo Escobar) parecen encontrar en la actualidad obstáculos de cierta importancia. Pese al uso abusivo de acepciones acriticas de la noción de desarrollo sostenible (meros eufemismos en que, por decirlo

con la metáfora de Ernest García, la adjetivación del desarrollo es un simple trampolín fáustico para invocar a la cultura del crecimiento exponencial), la humanidad ni debe ni puede escapar de los problemas del no-crecimiento, de la tensión entre desarrollo y ecología, de la necesidad de seguir explorando los límites y virtualidades de considerar la economía como un sistema abierto, en relación con lo social y ecológico. De ahí derivan los dos primeros apartados del número.

El primero, «Dinero, desarrollo y ecología», recoge cuatro artículos de fuerte carga conceptual y, a su vez, con alta carga política. El texto de Herman Daly, inédito en castellano, revisa la relación entre riqueza real y dinero, deuda y riqueza o la forma en que el dinero se convirtió en medio de intercambio e inversión. Se trata, en suma, de explorar las consecuencias de la propuesta radical de vincular más estrechamente la riqueza real con el dinero. El artículo de Bob Sutcliffe, por su parte, explora la relación entre desarrollo y ecología. Tras mostrar que las dudas acerca del desarrollo afectan al vehículo, la ruta a seguir, el punto de destino e incluso el mapa, intenta construir una noción de desarrollo humano sostenible partiendo de una paradoja: la enorme desigualdad que existe en el mundo actual, dentro y entre naciones, puede considerarse a la vez una fuerza y una debilidad. Una fuerza en la medida en que significa que posibilita una redistribución de recursos de dimensiones considerables; una debilidad, el hecho de que la minoría que monopoliza la riqueza económica coincide en gran medida con la que monopoliza el poder político y militar. De ahí que concluya que es posible

encontrar un conductor, surgido de la alianza entre las generaciones futuras y los pobres y desposeídos de la Tierra, una alianza «rojiverde» que le sitúa en el discurso ecossocialista, uno de los tres que reconstruye Arturo Escobar en su texto. Por su parte, el artículo de J. Martínez Alier y Jeannette Sánchez prosigue en el empeño de la economía ecológica de considerar la economía desde el «lado de la oferta» y de mostrar la inexistencia de valoración económica convincente de externalidades negativas o bienes ambientales en mercados reales o ficticios. Concretamente, tomando como caso los problemas distributivos y aplicándoles el enfoque propio de la economía ecológica muestra que la valoración económica depende de la distribución del ingreso y de los derechos de propiedad.

El segundo bloque de artículos, «Clima y energía en España» se ocupa de las concreciones locales (y regionales, habida cuenta de que España forma parte de la Unión Europea) de un problema global: el cambio climático y los debates de Berlín (abril de 1995) acerca de la reducción de las emisiones de CO₂. Tanto José Santamarta como Vicent Alcántara y Jordi Roca se ocupan de problemas de contabilidad, de actividad económica y necesidades energéticas y, por tanto, de programas y políticas nacionales (por ejemplo, el Programa Nacional del Clima). Ricardo Marqués y el propio Santamarta

analizan el papel de las energías renovables, para el caso andaluz el primero y de forma más genérica el segundo.

El tercer apartado, «América Latina: Análisis y Propuestas», se dedica casi íntegramente (artículos de Jorge León, Heraldo Bonilla y Oscar Blanco) a dar claves que permitan aproximarse a la absurda guerra entre Perú y Ecuador. Cierran la revista un apartado de noticias totalmente dedicado al continente latinoamericano y la habitual sección de crítica de libros.

Mención aparte merece el artículo de Luis M. Jiménez Herrero, «Adaptación estratégica del capitalismo ante el cambio global», que ha resultado polémico en el seno de la redacción. Por ejemplo, propuestas como la de extender la hipótesis Gaia al sistema socioeconómico, que considera tan «vivo» y con capacidad de autorregulación como la Tierra según las ideas de James Lovelock, han resultado lo suficientemente provocativas, como el conjunto del artículo, para alentar las respuestas escritas en los próximos números. De ahí su inclusión bajo el epigrafe recurrente de «Debate».

Esperamos que los artículos contenidos en este número sirvan para convencerte de que el dilema entre congelamiento conceptual o reconstrucción intelectual de que habló William Kapp no afecta solo a la economía. Tiene una dimensión mucho más amplia, planetaria.